

Dr. Ramón Clarés y
Dr. G. Agüero Correa

Freud y Calibán ⁽¹⁾



UNA razón de oficio nos conduce al análisis antes que a la pasión. El porqué frena los impulsos y en vez de conducir a la agresión o a la protesta lleva al conocimiento, encendiendo el espíritu con ese fuego sin llama que horada el misterio, candentemente, en busca de la causa.

En verdad, hay muchos hechos que nos parece que no pudieron ser, que no debieron ser. No quisieron admitirlos como una cosa consumada y, de este modo, en la noble esperanza de que así no sean o de que se enmiende el entuerto, se genera la protesta, lo que equivale como a dejar constancia en el acta de nuestro desacuerdo con lo acontecido.

Por cierto que, fuera de la donosura de la pose, el asunto no alcanza mayores eficacias y, amén de un despliegue verbal y literario, no logran estos gestos mayor dimensión que los de la actitud, o sea, los del movimiento cuajado en bizarros estatismos. Sin embargo, en estos tiempos protestar así ya es valentía—aunque siempre ineficaz—porque no solamente la acción está amarrada de pies y manos, sino que la palabra está

(1) Ensayo leído en el homenaje a Freud, organizado por la Alianza de Intelectuales y realizado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 8 de abril de 1938.

amordazada y sobre el pensamiento ha caído la guadaña asesina, ahogando su llama vital.

Del panorama que ahora ofrece el mundo se deducen enseñanzas duras y se imponen verdades que han de admitirse y aceptarse y si no se aceptan, perecer. La cultura no ha constituido hasta ahora fuerza espiritual. No ha sido sino un proceso acumulativo de elementos exógenos, que en nada han cambiado lo primitivo y bárbaro en la estructura del hombre.

El bárbaro, constatado por Freud en el fondo o principio del ser humano, se ha encontrado a sí mismo e irguiéndose en potencia proclama e impone sus derechos a la vida con estridencias de fiera y de histrión. La cultura queda perpleja ante el espectáculo y, tras de breves e inciertas oposiciones, acaba por admitir el proceso de que es causa ella misma, por su incapacidad transformativa del bárbaro en hombre dentro del hombre mismo. Porque esa es una de las verdades freudianas de mayor alcance. Es decir, la constatación de un inconsciente dinámico, de un océano subterráneo de fuerzas en pujanza permanente por salir a luz, por cuajarse en formas y resolverse en satisfacciones. Lo interesante y justo de observar es que la brutalidad de la fuerza opuesta, de la manejada por el hombre civilizado y culto, determina la tensión del monstruo telúrico, le sirve como quien dice de estímulo gimnástico, acrecentándolo, vigorizándolo en su contra, mientras cree contenerlo.

En las naciones como en los individuos, el proceso es igual: toda la política de las fuerzas dominantes se reduce a prohibir bombas de verdad, todos estos arrestos tendrían lo interesante de los juegos infantiles, cuando los niños huyen de la realidad creándose una propia, de acuerdo con lo que quieren ser.

Además, Calibán tiene muchísimo de la Mary Becker Eddy; se debe a su inferioridad derivada en prepotencia. Alguna vez se hará el paralelo entre estas dos figuras de la historia humana tan pintorescas como circunstancialmente iguales: la de la enfermedad y de la crisis social. La una suprime y niega

la realidad de la enfermedad y así pretende el establecimiento de la salud; el otro suprime de la jerarquía social al judío, y con afirmaciones formidables de autosugestión, se convence y convence a sus fascinados de la supremacía aria sobre las otras razas. En fin, un proceso morboso derivado de un complejo colectivo generado por los victoriosos de la Gran Guerra.

No sabemos si han apresado a Freud y si le han quemado su casa y biblioteca. Las noticias al respecto son contradictorias, y las hay muy fundadas que afirman que el sabio vienés no ha sufrido sino la presencia de las huestes nacas. Pero todo esto no importa. Freud será ultimado por los arios de uno u otro modo y creemos que permitírsele vivir entre ellos es ya un refinamiento sádico de parte de los fundadores de la nueva cultura.

Porque, según las propias doctrinas del sabio vienés, el bárbaro asimila la cultura destruyéndola, devorándola; lo mismo hace el caníbal, que se come al blanco en la esperanza de adquirir así, para él, las condiciones que estima superiores y envidiables. Es, en esencia, el cumplimiento de una ley nutritiva. Los bárbaros, en todas las etapas por que ha pasado la historia, siempre han devorado, destruído—equivalentes de masticar y digerir—el acervo de civilización que han encontrado a su paso.

De este modo, también en las tribus primitivas se devoraba el totem para adquirir sus condiciones. Este proceso de destrucción, de odio, es en esencia nutritivo: lo que se destruye se mastica, lo que se come se asimila, y así el bárbaro va fundiendo en su plasma condiciones que, poco a poco, lo transforman en hombre propiamente tal. ¿Por qué ha de librarse Freud de este destino? Todo sabio—siempre que no sea prácticamente útil a la barbarie en acción—encarna un motivo de

peligro, recelo y asombro, que son modos de sentir esa casi sobrenatural condición que es la sabiduría, actitudes que son características de los niños y de los primitivos.

Y en Freud la condición de sabio ha estado timbrada de satanismo. Esto de descubrir en el hombre todo un mundo—sede obscura y turbia de Calibán—desde donde se mueven los hilos de nuestra conducta y expresión tangibles, ha dado a las doctrinas freudianas condición de postulados iconoclastas, dañinos y disolventes. Sobre todo esto último. No quieren darse cuenta, los que aplican el término, tan en boga durante las crisis, que los elementos disolventes no lo son, sino en relación a la debilidad estructural o de disolubilidad de sus contrarios.

En verdad, Freud ha echado abajo ídolos y postulados que el hombre sintiera como integrantes de su dignidad y propios de su origen divino. De este modo, por mirar a lo alto se negaba a ver en lo hondo, y en vez de buscar en las profundas realidades de su inconsciente—vegetativo—oponía a la materia el espíritu, como una paloma venida del cielo a encenagarse en el plasma instintivo.

Se comprende, entonces, la conmoción que ha debido sufrir la necesidad humana al oír los postulados del genial psicoanalista de Viena, y se explica como se le ha combatido estúpidamente, como combate siempre el equivocado contra la verdad de que se defiende de asimilar.

Sobre todo que sus doctrinas dan al traste con el libre albedrío, concepción básica para el funcionalismo sádico que justifica el castigo—cárcel, infierno—antes que la comprensión de la delincuencia o el pecado.

En realidad Freud es la piedra angular de toda una nueva estructura y concepción del espíritu humano, perfectamente de acuerdo con las leyes cósmicas y económicas escritas con fuegos del Sinaí en las Tablas Mosaicas. Es decir, Freud ha descubierto la raíz vital y efectiva del Decálogo, que por sí mis-

ma plantea y comprueba la verdad trágica de los complejos psicoanalíticos.

Si «honrar padre y madre» fuese una función necesaria, como respirar o digerir, no sería la primera ley social impuesta por las Tablas de Moisés, ley correspondiente a los tabús de las hordas primitivas. Existe, pues, la posibilidad de no honrar padre y madre, que es precisamente lo que enuncia el famoso y trágico complejo de Edipo.

Igual cosa nos sugieren otros de los mandamientos, como el «amar al prójimo como a nosotros mismos», que anuncia el complejo de Narciso; el «no matarás», que dice el complejo de Caín; el «no desear la mujer de tu prójimo», que alude al sentimiento posesivo y de conquista, etc. En fin, Freud lejos de contradecir las verdades fundamentales del espíritu humano, las ha comprobado y afirmado científicamente, es decir, partiendo del conocimiento de lo prohibido, para encauzar sus energías potenciales, su libido, por cauces de utilización y efectividad. En buenas cuentas, ha dado sentido real y efectivo de unidad y relación al hombre con sus mundos, interno y externo, redimiéndolo de su llamada naturaleza inferior.

Así, pues, Freud resulta el exegeta científico de los principios morales y económicos dictados al hombre por Dios mismo, según los Libros Sagrados, y en este sentido es el más grande constructor, ya que no se reduce a prohibir, sino que empieza por el conocimiento para llegar a la superación.

Naturalmente, que la sequedad del freudismo no ha dado margen a que el hombre—siempre afanoso de atribuirse otros orígenes que los ciertos—se forje leyendas y paraísos originales, atribuyendo a estas concepciones no otro sentido que el del símbolo o metáfora expresiva, a la vez que asociándolas a sus correspondientes raíces instintivas. ¡Qué magnífico y extenso campo para la interpretación psicoanalítica que el mitológico—de origen bioquímico y hormonal según la ingenua con-

cepción de esta fantasía—y el neopaganismo con todas sus trompeterías wagnerianas tan del gusto artístico de Calibán!

Freud va a cumplir su destino siendo devorado por el monstruo que ha venido descubriendo y tratando de humanizar. Es el destino de los grandes, en que toda felicidad radica, precisamente, en el sufrimiento, como punto de partida de toda progresión y liberación.

Podemos lamentar los sufrimientos y la muerte de este anciano magnífico, pero ¿cómo protestar contra un alud, una tormenta, un cataclismo?

Calibán está movido por fuerzas ajenas a su propia estructura muy superiores a él mismo; es algo así como un pelele inducido de un viento cósmico. Por eso resulta pintoresco e incomprensible para la simple racionalidad aplicada sobre el fenómeno. Pero tras de él y en él y frente a Freud hay algo del enjuiciamiento del hombre por su propia bestia, crecida, vigorizada y puesta fuera del hombre mismo por el orgullo implacable de los victoriosos.

El hecho es tremendamente absurdo tal como se muestra, pero son las causas profundas las que nos ha enseñado a buscar el Maestro de Viena, precisamente, las que nos lo explican y estamos seguros de que este anciano de 82 años, en pleno vigor mental, no ha dejado caer sobre su enemigo otra mirada que la del estudioso infatigable, llameante de curiosidad y sin asomo de odio ni rencor.

Es, quizás, el último caso que analice el creador del psicoanálisis. La transferencia dramática va a vengar en su persona de sabio quien sabe qué rencores ancestrales.

Y Freud dirá, como clínico genial y heroico: «¡Cosas del oficio! ¡Qué le vamos a hacer!».